

# ENRIQUE LIHN POESÍA DE PASO

PREMIO POESÍA 1966  
CASA DE LAS AMÉRICAS  
CUBA

jurado  
JORGE ZALAMEA  
GONZALO ROJAS  
JOSÉ EMILIO PACHECO  
PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ



## NIEVE

Cómo te gustaría suspender esta peregrinación  
solitaria  
y retomarla luego que pase, compañera de viaje, la  
fatiga  
del extranjero para el cual todo se mezcla a ella,  
aun en medio del mayor encantamiento.  
Como ayer mientras el viejo Brueghel montaba para  
ti su tabladillo,  
nada menos que en el Museo Real de Bellas Artes;  
ángeles y demonios, y sin embargo habías perdido  
tantas veces  
esa misma batalla minuciosa  
que ahora el pincel mágico del viejo la libraba  
del otro lado de un espejo oscuro. Retuviste el aliento,  
en honor a lo real, para dejarlo hacer  
su trabajo de siempre sin un nuevo testigo.

La nieve era en Bruselas otro falso recuerdo  
de tu infancia, cayendo sobre esos raros sueños  
tuyos sobre ciudades a las que daba acceso  
la casa ubicua de los abuelos paternos:  
peluquerías en las largas calles; espejos, en lugar de  
puertas, rebosantes  
de pintadas columnas giratorias;  
tiendas, invernaderos, palacios de cristal, la oveja que  
balaba,  
mitad juguete mitad inmolación  
del cordero pascual, y reconoces  
el Boulevard du Jardin Botanique, por alguna razón  
tan misteriosa  
como la nieve.

¿Dónde está lo real? No hiere preguntarlo ni  
importa que uno sepa de memoria  
las exactas respuestas del maestro y los suyos  
entre los cuales vive tu voluntad. No importa.  
Entiendes bien que el solipsismo es una coartada  
del poder contra el espíritu. Pero aquí, en el más  
absoluto aislamiento, se es víctima de  
impresiones curiosas,  
a la vuelta de una esquina que nunca parece

exactamente la misma  
como si las calles caminaran contigo, participando de  
tu desconcierto.  
Estabas advertido: había que viajar en compañía, pero  
en cambio viniste del otro lado del mundo  
para mirar tu soledad a la cara  
y lo demás que ahora no interesa.  
Esta forma del ser, obstinada en impugnarlo; celosa  
de toda ambigüedad, la conoces  
como Edipo a la Esfinge, horma de su zapato.  
Nieva en Bruselas y en tus falsos recuerdos. Piensas:  
«es mi fatiga.  
Ella es la que no se extraña de nada».  
El viejo cierra a las cinco su caja de Pandora.  
Demasiado temprano, ya lo sabes.  
Como si dispusiera de lo eterno, otra vez, la noche  
se da el lujo de caer lentamente  
sobre la Gran Plaza que ha encendido su torre  
en un dorado Oficio de Tinieblas,  
y es tu familiaridad la sorprendida  
con un mundo en que el logos fue la magia.  
Piedras transfiguradas por las manos del hombre  
hasta hacerse tocar por los ángeles mismos:  
ocios del gótico tardío. No,  
nada te habría encaminado a lo oscuro que te  
significara  
la recuperación de una embriaguez perdida  
con los años de triste aprendizaje.  
Pero, en fin, habías bebido unos vasos de cerveza  
por lo que pudiera ocurrir y fue el temor  
de que nada ocurriera sino sólo en ti mismo  
el primero en empujarte en esa dirección.  
Rue des Chanteurs, rue de la Bienfaisance; los nombres  
cambian de sonido y lugar  
igual, en todas partes, permanece,  
bajo luces distintas esa tierra de nadie, lindando con  
el Reino de las Madres:  
su viejo cómplice y enemigo de siempre.  
Tu distracción tomaba la forma de la nieve,  
ahora ese lejano resplandor  
que todo lo cubría vagamente, hasta la aparición  
articulada

de la mujer, en su pequeña vitrina, como ahogada  
en una luz incierta.

Y sonreía sólo para sí misma.

No fue ella, por cierto, la anfitriona; allí estaba  
la otra,

esa que reconocerías entre miles, cuyo nombre  
ha cambiado tantas veces,

pronta a participar, por un momento, en el diálogo.

Sólo lo justo para hacerse presente  
como si nunca nada pudiera comenzar.

## MARKET PLACE

Cirios inmensos para siempre encendidos,  
surtidores de piedra, torres de esta ciudad  
en la que, para siempre, estoy de paso  
como la muerte misma: poeta y extranjero;  
maravilloso barco de piedra en que atalayan  
los reyes y las gárgolas mi oscura inexistencia.  
Los viejos tejedores de Europa todos juntos  
beben, cantan y bailan sólo para sí mismos.  
La noche, únicamente, no cambia de lugar,  
en el barco lo saben los vigías nocturnos  
de rostros mutilados. Ni aun la piedra escapa  
—igual en todas partes— al paso de la noche.

# CIUDADES

Ciudades son imágenes.  
Basta con un cuaderno de escolar para hacer  
la absurda vida de la poesía  
en su primera infancia:  
extrañeza elevada al cubo de Durero,<sup>1</sup>  
y un dolor que no alcanza a ser él mismo,  
melancólicamente.

Dos ratas blancas giran en un círculo  
a la velocidad de la neurosis;  
después de darme vueltas sesenta días justos  
en el gran mundo como en una jaula,  
me concentro en un solo pensamiento:  
ratas que giran.

Blanca, velluda, diminuta esfera  
partida en dos mitades que brincan por juntarse,  
pero donde fue el tajo, la perpleja lisura  
y el dolor, ahora están esas patitas,  
y en medio de ellas sexos divisorios,  
sexos compensatorios.  
Nos salen cosas donde fuimos seres  
aparte enteramente, enteramente aparte.  
Cinco minutos de odio, total. cinco minutos.

Ciudades son lo mismo que perderse en la calle  
de siempre, en esa parte del mundo, nunca en otra.

¿Qué es lo que no podría dar lo mismo  
si se le devolviera al todo, en dos palabras,  
el ser mezquinamente igual de lo distinto?  
Sol del último día; ¡qué gran punto final  
para la poesía y su trabajo!

---

<sup>1</sup> El poliedro de Durero.

En el gran mundo como en una jaula  
afino un instrumento peligroso.



## GENEVE

La luz desplaza, cumple un arcoiris  
que se dispersa sobre el lago Lemán  
y, más allá, se me asimila al cielo.  
Árbol del agua en que la luz florece,  
limpio trabajo de una fuente: el chorro  
que, ociosamente, ajusta los espacios  
en el centro de un mar en miniatura.

Genève, la primavera tiene un nombre  
que una bella mujer compartiría.  
La soledad no duele. . . convalece  
por unas horas que el reloj le cede.  
Alguien canta en el lago; pasa el mundo  
circundado de mágicas montañas  
y niños suizos de la mano. Es tiempo  
de observar a los cisnes.

## CISNES

Miopía de los cisnes cuando vuelan,  
bien alargado el cuello, bien redondos  
y como si empuñaran la cabeza.  
Pero aun así no pierden, ganan otra  
forma de su belleza indiscutible  
estas barcas de lujo de Sigfrido  
bajo cuyas pesadas armaduras  
tomaron el camino de la ópera  
sin perder una sola de sus plumas.

La poesía puede estar tranquila:  
no fueron cisnes, fue su propio cuello  
el que torció en un rapto de locura  
muy razonable pero intrascendente.

Ni la mitología ni el bel canto  
pueden contra los cisnes ejemplares.

## SOLO HISTORIAS COMO ÉSTAS

Aquí habríamos llegado, después de esa breve  
estadía en Flandes el oscuro, sin que  
fuera necesario decir:

«Para mí solo», a la dueña de Zürich  
como un viejo estudiante extraviado de ciudad.

A este pequeño hotel primeramente  
pues contra la barrera del idioma nada mejor  
que cerrar una puerta,  
y en la tarde el tren vuela, lento, junto a los lagos  
cuando ya no se lee la guía de turismo  
en homenaje a las transfiguraciones.

Pero acaso estaríamos aún en Neuchatel. Créeme  
que dejé sin tocar esa ciudad  
pues tampoco allí estabas, bien que el domingo  
la deshabitara,

y un buen fantasma de principios de siglo  
no habría dado un paso más sin reencarnarse  
—en un abrir y cerrar de sus ojos distintos—  
me parece que junto a las casetas de baño:  
miniaturas de viejos palacios de recreo.

Eras más bien allí ese momento justo  
en que la soledad se vuelve peligrosa,  
y no por las visiones, justamente, sino por un  
exceso de la propia presencia:  
esa rara extrañeza de sí mismo que por sí misma se  
hace a todo extensible.

Junto al Léman, el reloj-jardín: «se prohíbe a  
los niños jugar entre las horas». Para la  
primavera de los recién llegados,  
una curiosidad, sencillamente; distraídas consultas  
a las tarjetas postales y ese limpio  
espaciarse del tiempo sobre el lago:  
volar de muchos cielos que se ajustan  
como los accidentes de una misma sustancia:  
¡El Tiempo! El cielo, al pie de sus grandes

vertientes: Desembarcadero de las  
Aguas Vivas,  
y el surtidor al centro como en un paraíso  
de navidad en que el sol mismo prueba  
el secreto inefable y oscuro de la nieve.  
Parecía tan fácil encontrarte en Ginebra  
al menos esa tarde en que me reconozco,  
puente del Monte Blanco, camino de la noche;  
adolescente a los treinta y cinco años, un raro  
privilegio  
que la tierra concede al viejo fruto inmaduro:  
sentirse prometido a una nueva estación  
que, ciertamente, no volverá por él: isla Rousseau,  
¿responderían los cisnes  
al silbido de Tristán —canciones de otra época—  
e Isolda escucharía ese llamado entre dos  
sorbos de cerveza,  
pretextando una carta que escribir a sus padres?

La fantasía teje historias como éstas, pero la  
imaginación  
se cumple en el silencio del poema que nace.  
Sólo historias como éstas, ya me lo parecía:  
restos de hilos de todos los colores, modestos  
ejercicios escolares.  
Y entre las hermosas estudiantas alemanas ninguna  
dio señales de leyenda,  
ocupadas en mirar, desde otro ángulo, el lago.

Nombres distintos del amor, palabras que  
destruyen el idioma que forman  
como una lengua en todas partes extranjera,  
la del ebrio que todo lo abomina por igual,  
abandonado en el Puerto del Hambre,  
en el Puerto de la Sed, en el Puerto de la Cólera.  
El fetichismo es todavía posible; la oscilación entre  
los ritos de la inocencia y la danza frenética  
a que se entregan las máscaras.  
Los rostros han perdido su valencia, lo supieron  
las terribles tribus en los infiernos húmedos. Es ne-  
cesario el exorcismo:

«Las máscaras protegen la familia, la vida conyugal,  
los diferentes oficios».

## SAN PEDRO

Este primer motor del mundo tiene  
para girar en su inmovilidad  
la gran carrocería de San Pedro,  
el rueda de sus cúpulas que dan  
formas al cielo de la impavidez,  
senos para nutrir en esta tierra  
la Historia del Poder, para engolfarse  
las llaves y los nudos de San Pedro.  
Atar o desatar, ¡qué bella cosa!  
y fueron garras las que se mezclaron  
a este ejercicio de parar la roca,  
ahuecarla, infundirle un mecanismo  
en todo semejante al alma humana  
que luce bien al borde del infierno.

Los santos desenvainan sus espadas  
—centuriones de un Cristo aristotélico—  
cruces forjadas en las herrerías,  
y en lo alto la cruz parece un águila.

Romas vaciadas en un mismo molde.  
Pídele al horizonte menos cúpulas.

# COLISEO

Última fase de su eclipse: el monstruo  
que enorgullece a Roma mira al cielo  
con la perplejidad de sus cuencas vacías.  
Sólo el oro del sol, que no se acuña  
ni hace sudar la frente ni se filtra en la sangre  
colma y vacía" a diario esta cisterna rota.  
El tiempo ahora es musgo, semillero del polvo  
en que las mutiladas columnas ya quisieran  
descansar de su peso imaginario.

## MUCHACHA FLORENTINA

El extranjero trae a las ciudades  
el cansado recuerdo de sus libros de estampas,  
ese mundo inconcluso que veía girar,  
mitad en sueños, por el ojo mismo  
de la prohibición —y en la pieza vacía  
parpadeaba el recuerdo de otra infancia  
trágicamente desaparecida—.  
Y es como si esta muchacha florentina  
siempre hubiera preferido ignorarlo  
abstraída en su belleza Alto Renacimiento,  
camino de Sandro Boticelli,  
las alas en el bolso para la Anunciación, y un gesto  
de sembrar luces equidistantes  
en las colinas de la alegoría  
inabordables.



## DOS POEMAS PARA ANDREA

### UNO

Aquí en esta ciudad parada frente al mar  
para mirarlo bien, que se llama Agrigento,  
hay unas casas viejas como el sol, muy bonitas,  
hay señoras vestidas de negro que parecen anteojos  
ahumados,  
hay caballeros sentados en la plaza, algunos  
distráidos, otros fumando pipa.  
Llega a dar gusto el cielo, dan ganas de tocarlo;  
como decía usted:  
dan ganas de tirarse al cielo de cabeza.  
Hay niños, por supuesto, que le mandan saludos;  
las golondrinas juegan, en el aire, a volar.  
Pero lo más simpático de todo  
son estas carretelas de verdad que parece que  
usted las hubiera pintado  
con un montón de chongos de colores.  
Los domingos la gente se apelotona en ellas,  
y ahí se van contentos a la playa.  
Le voy a llevar una, claro está que más chica,  
de adorno para la repisa.

## DOS

Dígale a su tía Cecilia  
que como ahora ella no escribe sus versos se los estoy  
copiando yo al revés  
igual que si un mono acostumbrado a rascarse  
la cabeza o a dar grandes saltos rabiosos  
en el aire  
se pusiera a cantar imitando a un canario.  
Dígale que como estoy aquí bastante lejos, sólo me  
acuerdo de las palabras sencillas,  
y sólo alcanzo a ver, en la distancia, a los niños.

## EL INSOMNE

A la vuelta de las escarificaciones el parpadear  
de la locura  
y la obsesión de los objetos hirientes.  
Disturbios que remplazan el alma por la sed  
en que prueba el alcohólico el gusto de sus visceras.  
No se puede dormir en horas sucesivas,  
completar este cántaro con una arcilla erizada  
de vidrios  
sino en todo mezclar la vigilia y la sangre  
y el miedo al crimen y la eyaculación  
sobre la arena tórrida.

# MARÍA ANGÉLICA

En estas soledades estuviste:  
París es un desierto para la timidez de los recién  
llegados, remontando  
el curso silencioso de la memoria, y caería la nieve  
del otro lado de tu celda de vidrio: la habitación  
a la que es inoportuno agregar: «para persona sola»,  
—la conserje no tiene sentido del humor—. Pieza  
con vista a otra sobre el patio lluvioso,  
y los visillos que recuerdan la luz cuajada en ellos:  
respirar de una arena movediza  
a la que se mezclara, poco a poco, la sangre.

Mientras el mundo, afuera, absorbía la nieve,  
del otro lado del ser que no alcanzabas a tocar  
con las manos heladas, en su remota, alegre,  
incalculable existencia,  
ya no te preguntabas el porqué de tu viaje, obedecías  
a la adivinación y a la fatiga  
súbitamente cierta de haber vivido antes,  
por espacio de siempre, ese mismo momento  
como si los extremos de lo real se juntaran:  
sólo una grieta para que el tiempo respire, y en el  
muro continuo las sombras convertidas,  
una vez más, en hojas de palmera.

# BELLA ÉPOCA

Y los que fuimos tristes, sin saberlo, una vez,  
antes de toda historia: un pueblo dividido  
—remotamente próximos— entre infancias distintas.  
Los que pagamos con la perplejidad nuestra forzada  
permanencia  
en el jardín cuando cerraban por una hora la casa,  
y recibimos  
los restos atormentados del amor bajo la especie de  
una «santa paciencia»  
o la ternura mezclada  
al ramo de eucaliptus contra los sueños malsanos.  
«Tú eres el único apoyo de tu pobre madre; ya ves  
cómo ella se sacrifica por todos».  
«Ahora vuelve a soñar con los ángeles». Quienes  
pasamos el superfluo verano  
de los parientes pobres, en la docilidad, bajo la  
perversa mirada protectora  
del gran tío y señor; los que asomamos la cara  
para verlo  
dar la orden de hachar a las bestias enfermas,  
y el cabeceo luego  
de su sueño asesino perfumado de duraznos.  
Frágiles, solitarios, distraídos: «No se me ocurre  
qué, doctor», pero obstinados  
en esconder las manos en el miedo nocturno, y en  
asociarnos al miedo  
por la orina y a la culpa por el castigo paterno.  
Los que vivimos en la ignorancia de las personas  
mayores sumada a nuestra propia ignorancia,  
en su temor a la noche y al sexo alimentado de  
una vieja amargura  
—restos de la comida que se arroja a los gorriones—.  
«Tú recuerdas únicamente lo malo, no me  
extraña:  
es un viejo problema de la familia». Pero no,  
los que fuimos  
minuciosamente amados en la única y posible  
extensión de la palabra  
que nadie había dicho en cincuenta años a la redonda,  
pequeñas caras impresas sellos de la alianza.

Sí, verdaderamente hijos de la buena voluntad, del  
más cálido y riguroso estoicismo. Pero,  
¿no es esto una prueba de amor, el  
reconocimiento

del dolor silencioso que nos envuelve a todos?

Se transmite, junto a la mecedora y el reloj de  
pared, esta inclinación a la mutua  
ignorancia,

el hábito del claustro en que cada cual prueba,  
solitariamente, una misma amargura. Los  
que nos prometíamos

revelarnos el secreto de la generación en el día del  
cumpleaños: versión limitada a la duda  
sobre el vuelo de la cigüeña y al préstamo  
de oscuras palabras sorprendidas en la  
cocina, sólo a esto

como regalar un paquete de nísperos, o en casa  
del avaro

la alegría del tónico que daban de postre.

«Han-fun-tan-pater-han»

Sí, el mismo pequeño ejemplar rizado según una  
antigua costumbre, cabalgando, con gentil  
seriedad, las interminables rodillas del  
abuelo paterno.

(Y es el momento de recordarlo. Abuelo, abuelo que  
según una antigua costumbre infundiste el  
respeto temeroso entre tus hijos

por tu sola presencia orgullosa: las botas altas y el  
chasquido del látigo para el paseo matinal  
bajo los álamos.

Niño de unas tierras nevadas que volvieron por ti  
en el secreto de la vejez solitaria

cuando los mayores eran ahora los otros y tú el hombre  
que de pronto lloró

pues nadie lo escuchaba volver a sus historias.)

«Han-fun-tan-pater-han»

El mismo jinete de las viejas rodillas. «No hace  
más de dos años; entonces se pensaba  
que era un niño demasiado sensible».

Los primeros en sorprendernos de nuestros propios  
arrebatos de cólera o crueldad

esa vez, cuando el cuchillo de cocina pasó sesgando  
una mano sagrada

o la otra en que descuidamos las brasas en el suelo,  
en el lugar de los juegos descalzos;  
flagrantes victimarios de mariposas embotelladas:  
muerte por agua yodurada, aplastamiento de las  
larvas sobre la hierba y caza  
de la lagartija en complicidad con el autor de la  
muerte  
por inflación en el balde. Muerte por emparejamiento  
de las grandes arañas en el claustro de vidrio, y  
repentinamente la violencia  
con los juguetes esperados durante el año entero.  
«Se necesita una paciencia de santa».

Los que habíamos aprendido a entrar en puntillas  
al salón de la abuela materna; a no  
movernos demasiado, a guardar un silencio  
reverente: supuesta inclinación  
a los recuerdos de la Bella Época ofrecidos al cielo  
sin una mota de polvo junto al examen de  
conciencia y al trabajo infatigable en el  
hormiguero vacío  
y limpio, limpio, limpio como el interior de un  
espejo que se trapeara por dentro: cada  
cosa numerada, distinta, solitaria.

Los últimos llamados en el orden del tiempo, pero  
los primeros en restablecer la eternidad,  
«Dios lo quiera»,  
en el desorden del mundo, nada menos que esto;  
mientras recortábamos y pegoteábamos  
papeles de colores:  
estigmas de San Francisco y cabelleras de Santa Clara  
—gente descalza en paisajes nevados—,  
y se nos colmaba, cada vez, de un regalo diferente:  
alegorías de un amor Victoriano:  
la máquina de escribir y la vitrola. Los que nos  
educamos en esta especie de amor a lo  
divino, en el peso de la predestinación y  
en el aseo de las uñas;  
huéspedes respetuosos y respetados a los seis años;  
confidentes de una angustia sutil,  
discípulos suyos en teología.

Listos, desde el primer momento, para el cocimiento  
en el horno de la fe atizado por Dios y  
por el Diablo, bien mezclada la harina

a una dosis quizá excesiva de levadura;  
rápidamente inflados al calor del catecismo. Los  
que, en lugar de las poluciones nocturnas,  
conocimos el éxtasis, la ansiedad por asistir  
a la Misa del Gallo, el afán proselitista  
de los misioneros, el miedo  
a perder en la eternidad a los seres queridos, el  
vértigo de la eternidad cogido al borde  
del alma: un resfrío abisal, crónico  
e inefable;  
inocuos remordimientos de conciencia como los  
dolores de los dientes de leche; el incipiente  
placer de la autotortura  
bajo un disfraz crecedor, con las alas hasta el suelo.

En el futuro la brevedad de un Nietzsche de  
manteca, cocinado en sí mismo; el tránsito  
de Weininger perseguido por un fantasma  
sin alma. Ahora el lento girar en torno  
a la crucifixión,  
oprimidos en el corazón, Adelgazados en la sangre.  
Caldeados en el aliento.



# HOMENAJE A FREUD

Freud, el resucitado,  
vuelve a encender la luz en el abismo  
contra su propio voto de censura,  
y ésta es la sesión definitiva.

Todos los medios fueron ensayados  
para quitarle al viejo su palabra,  
él mismo se prestó al experimento;  
pero la selva del puritanismo  
no lo pudo roer hasta los huesos  
ni él mismo pudo dar la cara en falso.

La verdad está aquí, desesperada  
por el acoso, las mutilaciones  
y los milagros de la ciencia; rompe,  
al avanzar con paso zigzagueante,  
el círculo de tiza y, en un grito  
que no estaba en el texto, el pudridero  
de ese «santo remedio»: la mordaza.

En el brasero de los acusados,  
aunque brillen cien años por su ausencia,  
terminarán asándose los jueces.

Esa frente surcada de escrituras  
lo había visto bien: el sufrimiento  
viene de la raíz: el hombre crece  
ligado al mundo por el sexo, nadie  
puede volver a descubrir el fuego  
sin destruir el fruto en su carozo.

El árbol de la ciencia  
es una gran patraña abominable:  
ha florecido a expensas del espíritu;  
es natural que todo lo envenene.  
Atención: fue plantado en Palestina,  
fósil viviente, nada más que piedra  
nutrida con el polvo del desierto.  
Convendría instalarlo en la vitrina

del Museo del Hombre en su lugar  
junto al poste totémico.  
Empezó por hundir el paraíso  
y ha terminado ensombreciendo al mundo.  
El mal estuvo en no arrancarlo a tiempo,  
en aceptar que se extendiera a bosque,  
en no pedir manzanas al manzano.

La verdad, todo el mundo la confirma,  
antes que nadie, sus impugnadores;  
esas máscaras hablan por sí solas  
diga lo que dijere el rostro oculto  
del pretendido amor a lo divino.  
¿Por quién juran los ángeles?  
La carne es la semilla y es el fruto,  
y el corazón florece en su trabajo d  
e dar y recibir el paraíso.  
Recójanse los falsos testimonios.

# CATEDRAL DE MONET

VERDOSIDADES DEL AMANECER,  
grumos rosados, azulencos cuajos,  
y el ojo de Monet en todo Rouen;  
la mirada, filtrándose, que cava  
y se volatiliza: diente y garra  
y esa delicuescencia del rocío.  
Su corazón: un imposible topo  
que descubre la luz, blanco, en el alba;  
allá arriba, allá arriba  
donde chisporrotea el vuelo de los pájaros,  
cimas nevadas de una torre en llamas.  
Dos catedrales mutuamente hechizadas:  
la que siempre se supo y esta otra:  
un viejecillo de sombrero pajizo  
que sigue ahí doblado en su trabajo,  
pegándole a lo eterno, eternizándose  
de puro Heráclito.

## NATHALIE A SIMPLE VISTA

En lo real como en tu propia casa,  
el secreto reside en olvidar los sueños;  
poner así en peligro el sentido de la noche retirando,  
    uno a uno los hilos de la urdimbre  
en que ella trama sus horribles dibujos,  
como se gasta, en el umbral la estera, bajo el polvo.

Y bienvenidos sean los consejos del cuerpo y las  
    sanas costumbres de la nueva barbarie.  
Quizá la práctica del Judo o el furibundo asalto a un  
    neumático viejo  
en rue Manuel, a las seis de la mañana,  
y la dulce y perdida murmuración del ombligo al  
    caer de la tarde; sí, atrévete a decirlo  
maravillosa.

Viene del vientre la voz del paraíso. En lo real  
    como en su propia pulpa  
el desnudo femenino corta el aliento del sueño.  
Atrévete a decir que no habías mordido  
sino sólo pequeños frutos ácidos.

## NATHALIE

Estuvimos a punto de ejecutar un trabajo perfecto,  
Nathalie en una casa de piedra de Provenza.

Dirás ahora que todo estuvo mal desde el principio  
pero lo cierto es que exhumamos, como  
por arte de magia,  
todos, increíblemente todos los restos del amor,  
y en lo que a mí respecta hasta su aliento mismo:  
el ramillete de flores de lavanda.

Es cierto: nuestras buenas intenciones fracasaron,  
nuestros proyectos se redujeron al polvo  
del camino  
entre la casa de Lulú y la tuya.

No se podía ir más lejos con los niños  
que además se orinaron en nuestro experimento; pero  
aprendí a Michaux en tu casa, Nathalie; una  
vociferación que me faltaba,  
un dolor, otra vez, incalculable  
para el cual las palabras no tienen gusto a nada.

Vuelvo a París con el cuaderno vacío,  
tu trasero en lugar de mi cabeza,  
tus piernas prodigiosas en lugar de mis brazos,  
el corazón en la boca no sé si de tu estómago o del mío  
Todo lo intercambiamos, devorándonos: órganos y  
memorias, accidentes del esfuerzo por  
calarnos a fondo,

Nathalie, por fundirnos en una sola pulpa.

Crear en dios; sólo me falta esto  
y completar, rumiando, el ciclo de la baba,  
a lo largo de Francia.

Pero sí, trabajamos duramente  
hombro con hombro, ombligo contra ombligo  
y estuvimos a punto de sumergirnos en Rilke.

No hemos perdido nada:  
este dolor era todo lo que podía esperarse;  
sólo me falta aullarlo en el momento oportuno,  
mi viejecilla, mi avispa, mi madre de  
dos hijos casi míos, mi vientre.

«Va faire dodo Alexandre. Va faire dodo Gérôme».

Ah, qué alivio para ellos  
el flujo de la baba de la conciliación. Toda otra

forma de culto es una mierda.  
Me hago literatura.  
Este poema es todo lo que podía esperarse  
después de semejante trabajo, Nathalie.

## **ERES PERFECTAMENTE MONSTRUOSA EN TU SILENCIO...**

Eres perfectamente monstruosa en tu silencio.

Ya lo sé; preferible a un razonar  
sin otro son que el ton: de vientre para afuera,  
de boca para afuera, de corazón para afuera.  
Pero me muerde el tiempo con que allá te abanicas;  
armado de una pluma, entre el cachorro y la pared,  
desnudo  
hago como que juego a desangrarme  
cuando, entre broma y broma, me desangro.  
Como en la infancia pero aún más cruel que la  
persecución de todos contra uno  
o el castigo por llorar en horas de clase,  
este silencio, ese silencio monstruoso  
de alguien que te hizo entrar, acariciándote,  
a su pequeño circo propio. Romano.

## LA DESPEDIDA

¿Y qué será, Nathalie, de nosotros. Tú en mi  
    memoria, yo en la tuya como esos pobres  
    amantes que mientras se buscaban  
de una ciudad a otra, llegaron a morir  
—complacencias del narrador omnividente, tristezas  
    de su ingenio— justo en la misma pieza  
    de un hotel miserable  
pero en distintas épocas del año?  
    Absurdo todo pensamiento, toda memoria  
    prematura  
    y particularmente dudosa  
cualquier lamentación en nuestro caso;  
es por una deformación profesional que me permito  
    este falso aullido  
ávido y cauteloso a un mismo tiempo. «Todo es  
    triste —me escribes— y confuso,  
y yo quisiera olvidarlo todo». Pero te das incluso,  
    entre paréntesis  
el lujo de cobrarme una pequeña deuda y la palabra  
    adiós se diría que suena  
de un modo estrictamente razonable.

El amor no perdona a los que juegan con él. No  
    tenemos perdón del amor, Nathalie  
a pesar de tu tono razonable  
y este último zumbido de la ironía, atrapada en  
    sí misma,  
como una cigarra por los niños.

El viento nos devuelve, a ti en Bonnieux  
a mí en un París que a cada instante rompe, contra  
    toda expectativa,  
sus vagas relaciones lluviosas con el sol,  
el peso exacto de nuestras palabras de las que  
    hicimos un mal gasto al cambiarlas por  
    moneda liviana, pequeñísima,  
y este negocio de vivir al día no era más que,  
    a lo lejos, una bonita fachada  
con angustiados gitanos en la trastienda.



El viento al que jugamos Nathalie, mientras  
soplaba del lado de lo real, en la Camargue,  
nos devuelve  
—extramuros de la memoria, allí donde el mar brilla  
por su ausencia  
y no hay modo de estar realmente desnudo—  
palmerales roídos por la arena, el sibilino rumor  
de una desolación con ecos  
de voces agrias que se confunden con las nuestras.  
Es la canción de los gitanos, forzados  
a un nuevo exilio por los caminos de Provenza  
bajo ese sol del viento que se ríe a mandíbula  
batiente del verano y sus pequeños negocios.  
Son historias, también tristemente confusas. La  
diferencia está en que nosotros bajamos  
desde el primer momento el diapasón de la nuestra;  
sí, gente civilizada. . . guardando, claro está,  
las debidas distancias  
—mi desventaja, Nathalie— entre tu tribu y la mía.

Pero Lulú es testigo del Tarot; Lulú que parece  
haber nacido bajo todos los signos  
del zodíaco,  
antes hada madrina que rigurosa vidente,  
ella lo sabe todo a ciencia incierta, tu amiga.  
Nada con los romanos y sus res gestae; el porvenir  
se lee bajo la inspiración  
de los aerolitos, en la mano misma;  
entre griegos no hay líneas decisivas; una muerte que  
dice, únicamente ella,  
la última palabra de lo que un hombre fue; y el  
temblor en las manos, Nathalie,  
el brillo o la humedad en los ojos, el deseo.  
Lulú, Lulú, y éramos nosotros esos montes de  
Venus, viejecilla, tus huéspedes:  
una amiga de toda la mitad de tu vida que se pegaba,  
otra vez, a tus faldas  
en compañía de un silencioso, delirante extranjero.  
Contra toda evidencia corroboro tus pronósticos:  
ella y yo, querida, hicimos un largo viaje;  
nos casamos en Santiago de Chile, fuimos  
espantosamente felices, sumamos nuestros

hijos respectivos y aún nos quedó tiempo  
para reproducirnos con prodigalidad,  
para volver a Bonnieux en compañía de tus nietos  
mucho más que legítimos.  
Si nada de esto ocurrió, querida, demás está decir  
que lo tomarás tranquilamente,  
digo mejor: metafísicamente.  
Te habías limitado a constatar, lo sé muy bien, no  
la miseria de los hechos  
sino los encantos de la verda: ese temblor en  
las manos.  
Tú eres más razonable que nosotros: existe una  
historia de lo que pudo ser  
«n'importe où hors du monde»,  
te mereces, Lulú, una cita de Baudelaire,  
múltiples besos en las dos mejillas,  
mi adiós a una Francia con la que te confundo,  
la única eterna ojalá, viejecilla.

Ah, nosotros en cambio. . . ni griegos ni romanos;  
gente dejada de sus propias manos, los que  
cambiamos el disco rápidamente  
por temor a que los gritos llegaran al techo.  
Tránsfugas de la tribu en la tierra de nadie;  
calculadores, jugadores y tristes por  
añadidura. Y confusos.  
Es por una deformación profesional que  
me permito, Nathalie, mojar estos originales  
con lágrimas de cocodrilo frente al espejo,  
escribiéndote,  
tratando de sortear la duplicidad del castigo.  
En mi memoria, Nathalie, y en la tuya, allí nos  
desencontraremos para siempre  
—el amor no perdona a los que juegan con él—  
como si de pronto el espejo te devolviera mi imagen;  
trataré de pensar que habrás envejecido.

## EPÍLOGO

Vivimos todos en la oscuridad, separados  
por franqueables murallas llenas de puertas falsas;  
moneda que se gira para los gastos menudos de la  
    amistad o el amor nuestras conversaciones  
contra lo inagotable no alcanzan a tocarlo  
cuando ya se precisa renovarlas, tomar  
un camino distinto para llegar a lo mismo.  
Es necesario acostumbrarse a saber  
vivir al día, cada cual en lo suyo,  
como en el mejor de los mundos posibles.  
Nuestros sueños lo prueban: estamos divididos.  
Podemos simpatizar los unos con los Otros,  
y eso es más que bastante: eso es todo, y difícil,  
acercar nuestra historia a la de otros  
podándola del exceso que somos,  
distraer la atención de lo imposible para atraerla  
    sobre las coincidencias,  
y no insistir, no insistir demasiado:  
ser un buen narrador que hace su oficio  
entre el bufón y el pontificador.

## LA DERROTA

Concentración de imágenes, diana de lo real;  
las palabras restituyen el poder a los hechos; y  
    el ardiente fantasma de la nueva poesía  
es un viejo que cierra su negocio por última vez,  
extramuros de una ciudad que ha perdido el recuerdo  
    de sus correspondencias  
con el boulevard Montparnasse,  
la razón de los sueños y el buen sentido del misterio.

Hace mucho tiempo, en realidad, que yo no pude  
    asistir al entierro del último del primero  
    de nuestros magos, pero cuando muy joven  
    conocí a sus herederos.  
Esa sombra, preservada de las impurezas del trato,  
    fue para unos una excelente envoltura  
    parietal —armadura invisible, a prueba  
    de lugares comunes— para otros,  
    la ironía de un faro  
que iluminaba sus propias tempestades.  
—Y ahora, ¿qué hago? —dijo uno de ellos; y no era  
    una pregunta, al cumplir cincuenta años:  
el autor de unos versos oscuros como esta noche  
desesperada.

La realidad nos ha puesto a todos en evidencia;  
    también a mí, en especial, el sobrino lejano  
    de esos astros desaparecidos  
por arte de una magia que ya no podemos practicar  
    sin hacernos culpables de la noche;  
desaparecidos al girar de torvos engranajes en una  
    gran molienda necesaria  
como superfluos fuimos los espíritus errantes.

La realidad es lo que cuenta, y, en el centro de ella  
    y contra ella, la máquina.  
No lo lamento por nadie: a cada uno el tormento de  
    sus claudicaciones, de su perversidad o de

su insignificancia.

Ni aún por mí, acaso, el último en abandonar ese  
barco fantasma porque la noche anterior  
había bebido en exceso.

Esto es una imagen todavía. El primero de los que  
me antecieron en comprender que no se  
puede ser el último de ellos sin correr la  
peor parte de su suerte.

Nuestros enemigos son demasiado numerosos para  
permitirnos el lujo de pensar en nuestros  
amigos.

Ayer tarde pasaron por aquí como un río que se  
saliera de madre, los jesuitas volaron la  
represa;  
en automóviles de lujo; en grandes carros alegóricos,  
y a pie también para alentar con su ejemplo  
al rebaño de carneros de los pobres de espíritu. Para  
éstos el reino celestial  
y, como anticipo, el sagrado horror al infierno  
comunista, el capitalismo popular y las  
obras de caridad: bultos de ropa vieja;  
en suma: una pequeña participación en la existencia  
bajo el auspicio de los viejos sátrapas.

La máquina, la máquina.

No es aquella de las primeras décadas del siglo:  
mutilación y éxtasis de los mejores espíritus  
ni esta otra en que se cortan dos líneas paralelas.  
mundos opuestos pero confabulados  
por una misma obsesión de extenderse a otros mundos.

Sobreviviría a la guerra total un minuto de silencio  
por la sorpresa de nuestros muertos  
pues, en realidad, somos personas modestas.

Es una máquina... la vi el otro día en la exposición  
de Paolozzi.

A estas lejanas tierras sólo nos trae la resaca restos de  
estructuras distorsionadas por remotas  
explosiones;  
el escultor procede con ironía cancelando la función  
de las formas y fundiendo en un todo piezas  
de aviones y artefactos varios;  
pero nosotros oscilamos entre la inocencia y la

ignorancia y no podríamos hacernos un  
ídolo de nuestras máquinas sino una  
máquina de nuestros ídolos.

Qué diablos: un pueblo subdesarrollado,  
involuciones de usos y costumbres cuyo sentido se  
adapta a los tiempos

en que era la oración el consuelo del látigo  
y el dios de España, la vergüenza de los ángeles.

Nuestras batallas perdidas habrán sembrado en  
nosotros el miedo;

nuestras victorias: la transferencia del respeto  
de los héroes a quienes les siguieron en el orden  
de la rapiña

y los discursos patrióticos.

¿Qué quiere decir pobre de solemnidad?

El Siglo de las Luces

y el nuestro de los chonchones a gas, nos sorprendieron  
en actitudes vergonzantes

organizando la miseria donde el cura párroco, en  
el Gran Patio Trasero,

en la lucha por los mayorazgos y contra los  
muertos protestantes.

Caballeros de pera y bigote, ¡qué exceso de  
estatuaria

honorabilidad cortado por una misma tijera!

Muchos de ellos iguales a los otros: el cuello  
duro los salvaría todavía de la horca.

Honramos toda clase de tumbas, aun las que  
debiéramos hacer saltar en pedazos.

En cualquier álbum de familia se nos oculta el gestor  
de negocios extranjeros bajo un aspecto  
señorial, con las manos enguantadas  
después de introducirlas en el Fondo de Soborno.

Quinamáquinama. El mecanismo es de una sencillez

aplastante para sus manipuladores, pero,  
¿quién se cuenta entre ellos

que pueda establecer el orden donde siempre reinó  
la premeditada alevosía del caos?

A la forma sigue la forma y una vasta disformidad  
mueve a todo el conjunto

pesadamente, en una dirección fatal.

Conforme: los mejores ingenieros militan en todos  
los bandos, sólo que éstos agotaron su  
ingenio  
en presentar bajo un aspecto nuevo un viejo  
artefacto  
sobradamente conocido e insuficientemente  
reconocido  
por las engañadas víctimas de sus depredaciones a  
quienes se les enseña a confundir la  
fatalidad con el crimen.

¡Basta de farsas!

Se sabe que pondrán a su servicio las técnicas del  
milagro y dónde es la planificación del  
milagro, los países en que operan en gran  
escala y aquellos otros en que bastan las  
operaciones parciales.

Esto en lo que se refiere a las esperanzas cifradas  
en la luna de miel con la resurrección del colonialismo  
europeo, bajo fases propicias al nuevo trato.

¿Quién es quién para decir que no? Sobre este  
punto la paridad de las opiniones y el  
consenso de los pasos en los salones del  
Palacio.

Ni aun el escéptico más escrupuloso aceptaría su  
omisión en la lista de los invitados  
a un reencuentro con la Bella Época.

La ceremonia es una afición nacional: el desfile bajo  
la suave penumbra

de los uniformes de gala comidos por las larvas.

Al aire libre el fútbol y el domingo evangélico:  
tristeza de otro Huerto de los Olivos en  
que el espíritu y la carne rumian, bajo el  
mismo yugo, una agonía que se mosquea  
en los platos de pasto.

Pero de los bárbaros, qué se puede esperar.  
Finalmente no hemos reemplazado todas nuestras  
costumbres por las suyas, una curiosa falta  
de concentración en el modelo  
condena nuestras copias a la dorada medianía;  
y, en cualquier caso, el resto de lo que hemos

convenido en llamar la dignidad nacional,  
sería seriamente lesionado en caso de que  
resolvieran adoptar el aire de nuestra de-  
rrota para sumarse a la celebración del  
triumfo, en esta lejana factoría,  
de la perpetuación del cáncer de su imperio  
en las entrañas ajenas.

Hace algunas horas (esta noche y la noche pasada se  
confunden; el vocerío triunfante con el  
silencio del fracaso)  
uno de ellos, con la mona ardiendo,  
venía disfrutando del carnaval de la calle en el  
carnaval de la micro, el gran carajo,  
parados los dedos en la V de la victoria: las trenzas  
de una poderosa niñita anglosajona que  
montara un potro furioso con una  
impasible cara de puñete.

El hombre-dogo  
se arremolinaba en torno a su eje como la ropa en  
la máquina lavadora, codeando a su vecino  
de asiento en el pecho y resoplando:  
«Me norteamericano. Me norteamericano.»  
Yo hubiera deseado que se le hundiera el mundo.  
Se dirá: «un caso individual», y el índice acusador  
debe apuntar allí donde se incuban los  
factores impersonales que mueven a los  
individuos el río a las carpas en la época  
del desove;  
«de la sociologie avant toute chose», pero qué montón  
de obviedades en los casos extremos  
cuando la claridad brota de los poros mismos del  
cuerpo del delito  
arrojado apresuradamente a los baldíos que exhibe la  
luna frente a los grandes edificios colectivos.

Bastaba ver a ese sujeto para obtener una visión  
panorámica y bien articulada, las cifras  
innecesarias en los últimos planos.  
La diferencia que va de un yanqui a otro sólo  
representa, para nosotros, un margen de  
imprevisible brutalidad en el trato con las  
fuerzas de una ocupación que se dice  
pacífica,  
y un margen, también, para el cultivo de las



amistades personales en la tierra de nadie.  
El culto de la amistad es una afición personal, la  
atención con los huéspedes,  
la moderación por parte de moros y cristianos, el  
cese de todo antagonismo a la hora del  
almuerzo.  
En un pequeño país cargado de tradiciones, la  
formalidad ante todo, y el empleo de la  
violencia psicológica  
sólo en los casos desacostumbrados.  
El control, a una distancia flagrante, de nuestra vieja  
máquina junto con la promesa de su  
restauración  
a manos de técnicos especializados sobre la base de  
excedentes de la industria pesada.

No se puede dudar:  
de los sesenta mil agentes de la FBI y de la CIA,  
sólo uno que otro ha mostrado la hilacha  
en su intento por trepar a los carros alegóricos y  
ocupar un lugar bamboleante  
junto a esas bellezas que lo eclipsaban todo en la  
apoteosis del triunfo, menos el sentido de  
nuestra derrota.  
Todo estaba claro a pesar de tanto resplandor y el  
brillo de las miradas y los fuegos artificiales.

El invisible ejército de ocupación puede batirse  
en una retirada incruenta  
y reconocer sus cuarteles de primavera y verano:  
temporadas de pesca en los lagos del sur y  
de cosecha en los desiertos metalíferos.  
Al Pacífico, al Atlántico los barcos de guerra: aquí  
no se precisa importar la paz  
en la persona de franco tiradores e infantes de marina.  
Puede aflojarse un poco el cinturón de hierro  
hacia el otro lado de los Andes y estrecharlo en los  
lugares verdaderamente estratégicos  
donde la sangre escuece, burbujea y grita.  
La lucha entre demócratas y republicanos sólo  
parece posible solventarla lejos de casa

mediante el empleo, en pequeña escala, de la Bomba,  
rasando el vivero, en los pastizales  
de esos pequeños comunistas de ojos oblicuos. Un  
arañazo en profundidad,  
y luego el desfile de los harapos humanos en homenaje  
a la Libertad y a la Democracia.

Esto es lo que ocupa a los hombres fuertes:  
«la lucha por la Paz», nos dice uno de ellos  
nuevamente ocupando toda la pantalla panorámica  
esa cara impenetrable como un hongo en  
expansión;  
unas hendidias de hierro nos miran, a través de ella  
el verdadero ejército se pierde de vista  
en marcha ascendente hacia los abismos del otro lado  
del cielo, rayada de columnas en que  
blanquea el pánico.

Las pestañas cosidas al pliegue de los párpados son  
montones de hulla, y en los primeros planos  
vidriosos nada se sabe de lo que ocurre en  
la otra mitad del hemisferio.

La disciplina militar adolece de ciertos defectos  
compensados en el orden del número y de  
la fuerza.

Esos muchachos no marchan: caminan, cada uno  
«en el contexto de su libertad personal»  
—diría uno de sus mitos— como si se  
dirigieran, en todas direcciones, por clanes  
llameantes.

a la cantina, al bar, a la sala de bolos o a las  
hecatombes humanas en los estadios  
llameantes.

Bajo los ojos que se entornan, la erosión en las  
bolsas de la edad: montes áridos, llenos de  
cicatrices.

El mensaje concluye en lo que quiere ser un  
llamamiento a la cordura pero es el delirio  
total el que hace las señalizaciones tras la

amenaza dentada de columnas dóricas.  
El orador piensa en la muerte, y la muerte, por  
primera vez, en sí misma, con la  
perplejidad de una primera dama que fuera  
repentinamente violada por una horda  
de beats, en su propia residencia.  
Es una muerte que entrevé la curiosa posibilidad de  
terminar incluso consigo misma  
en el baño de hidrógeno.  
Este descubrimiento la transfigura: opulenta belleza  
de Marylin Monroe otro San Sebastián para  
los corazones sexuales que quisieran  
cobrarse, en la carnicería total, de las  
mutilaciones del espíritu.  
Pero el Hombre, el Intrépido, el Duro  
sólo interpreta, es claro, «limpiamente» a las  
mayorías de su pueblo que podrían volverse  
en contra suya, hacia otro.  
Ninguna sombra de duda ha cruzado esa máscara:  
tan alto vuela el águila sobre los Apalaches,  
entre cincuenta estrellas nombres de su soberbia:  
la noche constelada por la obsesión del triunfo.

Ser elegido por un pueblo elegido  
no es una tarea que se pueda cumplir, exclusivamente,  
al nivel de las fuerzas humanas.  
Corrección absoluta en la suma de los mitos, tal es  
el camino de la verdad, the American Way,  
transitado ya por los Divinos y los Santos  
y quienes sembraron con sus huesos la hora de la  
expansión del drama ilimitado.  
Presentar al opositor un flanco monolítico, una  
caparazón más dura que cien de las suyas,  
y bajo la cubierta enchapada de dorados  
símbolos irracionales, el libro de cuentas  
al día:  
en el Haber: la mandíbula del procónsul y el silbido  
del látigo en la bota del centurión, la  
mutiplicación de los impuestos y el  
hundimiento de los pequeños mercados

provinciales;  
en el Debe: el regateo de los fondos de caridad.  
Para el ejercicio de un Destino Manifiesto, la  
fatalidad es un gaje en el oficio,  
se diría el objeto de una especie de culto instituido  
para exorcisarla.  
En todo esto está el masoquismo a la orden del día:  
Tánatos, el amor a la autodestrucción de la Bestia  
Rubia, reducido al jadeo del hotentote rubio,  
lucha de todos contra todos en la que se ha  
ido desprendiendo, progresivamente, del  
amor a sí mismo junto con grandes trozos  
de sustancia humana  
hasta quedarse en la parcialidad de los músculos  
y de los huesos.

En las urnas triunfará la amenaza del más fuerte,  
la estabilización de la violencia bajo el rostro de César,  
so pena de caer en la inflación de la misma  
y en el dominio de los pequeños negocios  
que arruinarían el prestigio del Imperio.  
Esto lo sabe muy bien el opositor,  
pero a su ciego acoso todavía es posible responder  
con un nuevo discurso del Cuatro de Julio.  
Una grandeza sin paralelo sería el leit motiv apropiado.  
Sin paralelo: he aquí acaso un buen puzzle para los  
intelectuales desafectos al pan y al circo, y  
que no hayan sucumbido a la pobreza  
voluntaria en la Venecia del Oeste o a las  
drogas junto al Ganges o en las cavernas  
del Viejo Mundo.  
La historia podría detenerse, reconstituida Torre de  
Babel, y flamear en lo alto el águila bifronte.

## OTROS POEMAS

## JUICIO FINAL

Ella miraba a dios por la ventana, para que yo lo  
viera; pero yo sólo atinaba a substraer  
los ojos  
que se me iban, cucarros, de una imagen a otra,  
bailoteando en la calle empedrada: el lecho  
de la noche apoyada en la calle  
antes de que empezara a amainar en el cielo  
su tempestuosa luminosidad  
bajo las altas horas estrellas de la tarde.

Escucho esa voz borradas las palabras que, por  
entonces, no eran más claras para mí  
que un poco de música sagrada para una pobre  
alma piadosa.

Enriquillo, mi nombre como un diminutivo  
de su tristeza, intentaba elevarse  
inútilmente a los oídos del ángel que batía  
sus alas mutiladas en la torre de la iglesia.  
(El ángel anunciaba nuestro Juicio Final,  
llevándose un pedazo de trompeta a los  
labios.)

## MUCHACHAS

Altas voces perdidas de un coro de muchachas;  
ellas siempre ignoraron las reglas del diálogo, pero  
    lo que se escucha, a nuestra edad, es el canto,  
y suena a Mozart esa pajarería, el triunfo bizantino  
    de una ciudad de jaulas  
donde todas las lenguas se confunden en un  
cotorreo ritual transfundido en la luz. Risa en que  
    el cielo abunda, todo lo que reluce es  
    alegría del sol,  
y la alegría irrecuperable, en todo instante, para  
    siempre,  
para esos fantasmas, compañeros de Ulises.

Jóvenes de otra edad, los años se cumplieron por  
    sí mismos, diríase  
que el mar se allanó, sin duda, a devolverle.  
    Primavera distinta a cada una de sus partes:  
    siete otoños por cabeza  
a la comparsa fiel, ducha en murmuraciones.  
El ocio abstraído en calcular otras islas, y, para él,  
    un nido de sirenas  
en cada noche de amor: el tiempo de un Zenón feliz,  
    uno e inmóvil;  
a nosotros el remo, y luego el báculo.

En el jardín, la música de la sangre y el mundo:  
    secreto a voces de la primavera  
que enguirnalda una fiesta que no es para nosotros  
los pobres invitados de honor, esta comparsa.  
Y en el salón, junto a la gente seria, nuestros años  
    perdidos, murmurando  
su gastada ansiedad para siempre incalmable:  
    fórmulas bizantinas  
de encantamiento en Mozart y feos pensamientos.

## MONOLOGO DEL POETA CON SU MUERTE

Y ahora te toca a ti: el poeta y su muerte;  
no es una buena escena ni aun para el autor  
de los monólogos: nada ocurre en ella  
de especialmente emocionante.  
El rostro mismo del miedo que uno pensaría  
todo un teatro de máscaras,  
no es más que este pie equino, un sapo informe,  
un puñado de hongos.

Tu misma enfermedad, nunca se supo  
quién de los dos el cuerpo, quién el alma  
hasta su floración en una noche  
en que al gusto habitual a tierra de hojas  
de tu lengua, sentiste con horror  
que se mezclaba al polen venenoso;  
y tus pies te llevaron a la rastra  
por el camino de tus hospitales.

Cuánta inocencia ahora  
que la muerte prepara tu bautismo  
en las aguas servidas de la sangre  
una y mil veces transformadas en vino,  
quiere que tú te mires en ellas sollozando,  
como si todo tu pasado fuera  
algo por verse allí  
en ese triste espejo que volvía a trizarse  
cada siete años, con tu cara adentro.  
Todo lo tuyo fue —dicen las trizaduras—  
altos y bajos de la mala suerte.

Quienes van a morir en esta pieza  
de hospital, ya lo saben los unos de los otros;  
lo repiten, lo aprenden, lo recitan, lo aúllan.  
El silabario del dolor circula  
de cama en cama, los recuerdos tiemblan  
juntos, como en un ghetto de Varsovia.  
(Médicos que parecen gaviotas, alcatraces,  
vuelan sobre un cardumen de termómetros,  
y las horribles golondrinas ruedan



con las alas zurcidas a la espalda  
y los pies húmedos de escupitajos.)

Nadie, si lo quisiera, podría hacerse trampas  
pensando que es un juego esta partida  
ni sacar un horrible solitario.

La memoria sajada de los unos  
supura, abiertamente,  
toda la porquería inolvidable;  
la de los otros se extravía y canta  
salmos del cloroformo: tangos dodecafónicos  
algodonosos y sanguinolentos.

Pero tú, sustraído al delirio común  
por un miedo que ya no tiene nombre  
ni otra figura que la tuya propia,  
vas a morir con dignidad, se dice.  
Quizás, como no aceptes de la muerte otra cosa  
que, por entretener a las visitas,  
unos tropiezos de bufón danzante  
junto al trono del rey del humor negro.

Y pues ahora que te asisten plenos  
poderes como a Ubu o Chaplín, los imbéciles  
sólo atinan a irse  
como si se sentaran en las brasas,  
tu soledad es cada vez más tuya;  
precisas no mezclarte con la chusma, distraes  
la mirada paseándola por el vago rebaño  
de las camas, te miras el ombligo del mundo.  
Todo el orgullo que se diga es poco.

De los recuerdos de tu infancia, no más  
juega tu corazón, como en un viejo patio  
casi vacío, con los más tranquilos.  
Cedes —toda prudencia— al sueño que soñabas  
cuando era el despertar de un niño a la dulzura  
de la convalecencia, entre las manos  
maternales.  
Piensas en los hermanos Grimm y en Andersen.  
Sabes, crees saber que, pasajero  
de un tren-cisne-dragón-globo aerostático,  
vas salvando el escollo de la noche, y el aire  
libre, la luz del otro extremo del túnel,  
te murmura al oído: «ahora estás sano y salvo».

¡Un día al fin! Tu madre, toda suave lectura,  
vuelve para aventar del patio los recuerdos  
turbulentos, que gritan: ¡El muerto, el muerto,  
el muerto!  
con las orejas y las manos sucias.